

## Yo arriba, en el infierno

Por Luz Helena Cordero Villamizar

*“Yo arriba, en el infierno.  
(Este infierno es raro: en vez de abajo,  
en lo profundo, es arriba, bien arriba)”.*

Alberto Pineda Vanegas

Jueves 23 de enero de 1986. Ellos irrumpen de madrugada en la casa que dormita en silencio, a la hora en que las ratas roen su mejor bocado de sombras y papel. Él sueña con pasos de agua, con una roca a punto de estallar. Una voz de tono bajo y firme lo hace saltar del lecho: *¡Buenas noches, señora, perdone la molestia, esto es un allanamiento!* Ya está sobre las tejas rojas, junto a la camada de los ratones que hace meses construyeron su guarida al abrigo de la luna y que ahora se ven forzados a desperdigarse sin ton ni son. Por un instante sus ojos se encuentran con los de un ratoncito asustado que antes de pasarle por entre las piernas lo mira con terror. Una teja se ha roto y unas manos lo sujetan con violencia. Ahora envidia la maestría de los roedores en su estampida. Mientras un hombre lo dobliega, el otro lo invita a bajar para asistir a la fiesta de su humillación. Cartas de amor, letras de canciones, el dulce cuerpo de la flauta, los libros de filosofía, los teoremas, los planos de electricidad, la caja de herramientas todo está bajo sospecha. Evita los ojos de la madre y de los hermanos que ya están en la sala, como recién entrando a una pesadilla. Con las manos maniatadas, el frío de la calle le hiere la cara. Es un amanecer brutal, piensa. Arriba del camión se abre el infierno. Las voces pausadas se transforman en rugidos. Siente que ha llegado el fin.

Recuerdo su risa bajo el movimiento del bigote y el brillo negro de sus ojos juguetones. Siempre sus carcajadas celebran lo cotidiano, la alegría del encuentro. De esos labios sale música, anécdotas sentidas, convicciones. La fuerza de su ímpetu tiembla las fibras de sus músculos. Al final de la tarde siempre lo encuentro en el gimnasio de la UIS. Mientras yo ensayo mis timoratos esquemas en el piso, él está arriba, trepado en las argollas,

aguantando, resoplando para sostenerse erguido y con los brazos extendidos, o montado en el potro, alternando sus manos, balanceándose con el ritmo y la fuerza que tensan todo su cuerpo. Es muy bajo de estatura y lo que le falta de talla le sobra de ganas y coraje, digo para mis adentros. Con la misma energía erige su pensamiento y afina las cuerdas de su voz. De tanto vernos allí, empezamos a sentirnos familiares. Una tarde me pregunta qué carrera estudio. Quiero mentirle pero algo me dice que su pregunta no es trivial. Algo en su mirada me comunica que no será un encuentro pasajero. Le digo que ninguna, que soy una infiltrada, apenas estoy terminando el bachillerato en El Pilar, me he inscrito en un curso de extensión que se hace los sábados y me he tomado el derecho de entrar al mundo universitario y de colarme tres tardes por semana al gimnasio. Cumplo ahora con una rutina de ejercicios con el auspicio de un profesor que me imagina estudiante de la Universidad y ha querido entrenarme en el abc de la gimnasia olímpica y prepararme para que un día sea parte del equipo. El profe adivina que desde niña tengo muchos sueños y uno es convertirme en gimnasta, pese a que mis piernas y mis reflejos no ayudan. Aunque no logro pararme de cabeza, no me doy por vencida. Me mantengo en la rutina por mi terca disciplina.

En su diario resume cincuenta y ocho horas de golpes y terror en la Quinta Brigada del Ejército. Estar en el filo de la espada, al borde del abismo, en brazos del espanto. La sinfonía de los trinquetes, la venda en los ojos, las manos atrás, tan lejos de su alcance, a punto del cercenamiento. Las lágrimas se funden con el sudor, los gritos y los *hijueputazos* tiemplan el acero de sus convicciones. Está seguro de que lo van a matar. Siente que el frío le traspasa la médula. *¡Qué joda tan arrecha! ¡Por poco me cago del horror!* Escribe en su diario. Lo niega todo, lo niega una y otra vez porque no es cierto. Solo acepta su militancia política. Se siente orgulloso cuando grita que es miliciano *¡de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Ejército del Pueblo!* En los intervalos del espanto se arrellana en el metro cuadrado, llora un poquito por su padre. En la segunda mañana cesan las torturas, le quitan la venda y puede ver a quienes lo han acompañado en el concierto de gritos y madrazos. Los conoce de la Universidad, pero nunca ha hablado con ellos: Orlando, Javier, Carlos, Gustavo, Antonio, la *sardina* Yaneth y Rosa. Son ocho estudiantes marchando escoltados por los torturadores. En el Juzgado 109 Yaneth es forzada a leer un panfleto con voz trémula. Él se

consuela pensando que son mentiras firmadas por ocho. No está en condiciones para preocuparse porque una mentira repetida por más de uno pueda llegar a convertirse en verdad. Después de la legalización de la captura los transportan en una *panela* de la Policía y ríe pensando en la irónica sensación dulce que hasta ese momento le representaba esa palabra. La primera parada es para dejarlas a ellas en la cárcel de mujeres y luego los reseñan en la Modelo. Son pocas cuadras entre uno y otro penal. Alcanza a ver el mediodía perezoso del sábado, el sudor de la gente que camina por la novena y mira el vehículo sin ver a sus ocupantes. Ha empezado a convertirse en fantasma.

Ya soy experta en los rollos hacia adelante y hacia atrás, me paro en las manos pero nunca logro caer con la suavidad que exige la técnica y todavía no logro hacer bien las medialunas o laterales. Pese a esto monto un esquema sencillo y me atrevo a participar en una competencia interna haciendo un pálido debut sobre la alfombra azul. No me importan las medallas sino la alegría del atrevimiento. De ese momento recuerdo mi emocionada frustración y conservo una foto con mi trusa azul raída que deja al descubierto mis piernas porque no llevo malla debajo. La foto fue tomada por Alberto Pineda. Así me ha dicho que se llama. Se ríe todo el tiempo con los ojos y suelta una carcajada cuando le confieso lo de la infiltración. Dice que vive en el barrio La Joya y que me ha visto en el Alfonso López, cuando va en el bus hacia la Universidad. Le digo que el bus pasa enfrente de mi casa, pero que esto de venir al gimnasio es un secreto, que en casa nadie sabe de mis prácticas de calistenia, papá me daría un sermón, me prohibiría volver. Suelta otra carcajada de complicidad que me da confianza y siento ganas de seguir compartiéndole secretos: yo también he leído obras de Marx, Engels y Lenin, mi sueño era irme a estudiar a Moscú pero siendo un imposible he tenido que cambiarlo por estudiar en la Universidad Nacional, yo también creo en la revolución, escucho música andina y escribo poesía. Entonces entendemos que no hay azar, que todos los caminos nos llevan a convertirnos en amigos.

El ingreso a La Modelo es agobiante por los tiempos de espera, las mismas preguntas una y otra vez, la toma infinita de huellas dactilares, la perorata de una mujer que se encarga de la recolección de datos y que se toma el derecho de darle clases de urbanidad y catequesis,

las mil requisas y *tocatas de piano*... Al fin en la celda de *recepción*, se siente en el paraíso porque la Quinta Brigada simbolizaba la muerte. Allí ven llegar los visitantes del sábado por la tarde que son los padres, los hermanos, los hijos, los amigos de los reclusos. En la fila presurosa de hombres alcanza a ver algunos conocidos. Sabe que nadie pregunta por él pero se le van los ojos tratando de localizar alguna figura que logre acercarse y verlo. Están incomunicados y solo son sombras tras las rejas. Esa noche conocen las delicias de la gastronomía carcelaria. Les traen un balde con lavazas que comen con ansiedad y aprenden a fabricar una cuchara con restos de una pasta de dientes. Cuando termina la visita los sacan al patio y allí tiene lugar la *fiesta* de recibimiento, la silbatina, los aplausos, cientos de ojos que los miran y en coro gritan *¡Copetrán! ¡Copetrán!* (nombre de la empresa transportadora local) anunciando la llegada de los nuevos reclusos. Uno de ellos hace las veces de jefe de protocolo y se acerca para darles la mano. Los demás gritan: *¡Son los estudiantes! ¡Los de Bucarica! ¡Los de la UIS!* Otros ríen diciendo *¡Los que encontraron con la dinamita!* Finalmente llegan los presos políticos y les dan la bienvenida.

A veces me acompaña en el viaje de regreso a casa, ha empezado a visitarme por las noches, hablamos por varias horas parados en la puerta, hasta que papá apaga la luz de la sala, anunciando que es hora de que se vaya, joven. No para de contarme sus pasiones. Me habla en tono bajo, como si hubiéramos hecho un pacto de complicidad. Me cuenta sobre *La Múcura*, el grupo musical universitario en el que hace sus solos de flauta, me canta *El negro José*, ríe recordando sus aventuras en el Nevado del Cocuy, me habla de Diana Amparo, su novia, de la vida universitaria y de sus clases de ingeniería eléctrica. Muchas ocupaciones y grandes pasiones a sus veintiún años. Pronto comprendo que todo lo asume con el mismo grado de seriedad y de disciplina. Los encuentros se repiten, se espacian en el tiempo, vienen algunos años en los que solo hablamos cada vez que estoy en Bucaramanga de vacaciones. Una noche en el patio de mi casa, en el mismo tono clandestino, me revela otra de sus facetas: su activa militancia política.

Habían salido en la página judicial de Vanguardia y eso los hace sentirse famosos. En la Revista Semana mencionan a Carlos, el estudiante de medicina de la UIS, dicen que él junto

con su esposa y los demás detenidos planeaban hacer explotar a Bucaramanga. Nada más absurdo y alejado del sentido común. Albertico ríe al mencionarlo. ¡Explotar a Bucaramanga, nosotros, los enamorados del pueblo, los hinchas del Atlético, los que adoramos a sus novias y a la familia, los que soñamos con la felicidad colectiva, los que vamos a clase y hacemos arengas en la UIS para que el gobierno no maltrate a la gente, los que tocamos y cantamos música andina, los que lloramos con la poesía y con el pobre *negro José!*

Ya se ha hecho amigo de mi hermana Martha y de Mamá. Por su jovialidad, ese don que tiene para tratar a todo el mundo con cariño y ganarse la confianza, le han abierto las puertas de mi casa. Me cuentan que les hace visitas nocturnas, se entera de los pormenores de la familia, les da consejos, y de paso pregunta por mí. En las vacaciones inter semestrales o en los cierres volvemos a encontrarnos. Me hace informes de sus últimas aventuras y descabros. En uno de los trabajos que asume para tener algún ingreso y ayudar a su familia, ha sufrido una descarga eléctrica. Lo cuenta con una risa nerviosa. Sus manos tienen marcas y callos porque trabaja desde muy joven. Sus padres son campesinos, gente hecha a pulso, a gritos y privaciones. Son doce hijos en casa. Doce para repartir los rincones y buscar el mejor sitio para el sueño, doce para bañarse en las mañanas y salir los domingos a misa, doce para repartir lo poco que tienen, para lavar la ropa, para hacer las tareas y tomarse la sopa. Cada uno tiene que buscar rápidamente un oficio, una forma de soñar y de acomodarse la cabeza. Solo él logra entrar a la universidad y torcer el camino que le está destinado.

Ser un estudiante no es solamente ir a clases y presentar los exámenes. Ir a la universidad significa conectarse con el mundo, intervenir en la vida extra académica, deliberar, participar en los actos públicos, hacer arte, pronunciar discursos en *La Gallera*, sentir que le duele el mundo, que tiene un papel en su transformación, soñar con cambios e intentar provocarlos, convertirse en un ser político, exigirse al máximo, entregarse.

No tienes ninguna pena, al parecer  
pero las penas te sobran, negro José  
en el baile tú las dejas, yo sé muy bien  
amigo negro José...

La flauta le suena, la flauta le suena dulce, le dicen los compañeros. Y *su camisa endiablada quiere saltar* de alegría, pues es muy feliz cuando hace música, todo su cuerpo ríe. Muy temprano en las mañanas sale a trotar con su *gringa*, así la llama desde el principio. Le gustan sus crespos rubios, sus pómulos rosados y toda ella que se ha convertido en su compañera de juegos y deporte. Me los cruzo un domingo por la tarde cerca al Estadio. Van en una bicicleta muertos de la risa, ella de medio lado, sentada sobre la barra, él con los brazos tensos en el manubrio, veo que son felices y van de paseo. Es la primera vez que lo veo acompañado y todavía no puedo saber en qué circunstancias tendré que involucrarme con ellos.

El domingo 26 de enero experimenta intensas emociones. La visita de las mujeres lo carga de energía. Ve a su madre y siente la tristeza y la ternura que lo convierten en niño, toma en sus brazos a Diana Amparo y el cuerpo de la mujer lo retiene, lo abarca, lo llena, lo libera. También van sus hermanas y sus amigas. La dicha lo hace olvidar el sitio en que se encuentra. Se pasea por los corredores de la cárcel casi con alegría, saluda y presenta sus mujeres a los compañeros. Nos lleva a la celda y nos muestra el muro que ha empezado a llenar con poemas y consignas, el piso de cemento donde duerme. Escribo unas líneas en el muro, le digo que la poesía lo hará libre.

Aquí  
se halla preso  
un HOMBRE  
una conciencia

la conciencia de  
millares de hombres.

Aquí  
Se halla preso  
  
un PUEBLO  
Carcelero!!  
no descuides la guardia  
el pueblo  
no sabe descansar!!

Ya hemos ganado tanta complicidad que ahora se atreve a contarme algunos detalles sobre su vida de militante. El trabajo ideológico y el estudio de la coyuntura lo combinan con entrenamiento físico y tareas puntuales que se cumplen a modo de pruebas y desafío. Se requiere templar los nervios y la conciencia. Con agobio me relata un episodio que le pesa. Le han encargado que le comunique a una joven simpatizante la necesidad de que acuda a un acto ficticio. Él debe ir hasta el salón de clases y hacer que lo acompañe de inmediato. Sabe que ella está a punto de presentar un examen que le es fundamental para aprobar la materia y sin embargo su rol es presionarla para que suspenda el examen y abandone la clase. Así se prueban las convicciones, justifica. Entiendo las razones pero reprocho el método.

En octubre de 1985 las fuerzas de seguridad asesinan a once militantes del M 19 que asaltaron un camión que lleva leche. Quieren distribuirla entre la gente de un barrio deprimido del sur oriente de Bogotá. Son jóvenes que apenas pasan los veinte años, en su mayoría estudiantes de la Universidad Nacional. Una de ellos es Isabel Cristina, mi compañera de sexto semestre de psicología. A ella, a su novio y a tres jóvenes más, los hacen tenderse en el piso con las manos atrás y allí, delante de todo el mundo, los acribillan por la espalda. A otros que han querido escapar los masacran dentro de un bus. Hierve la Universidad, nos movilizamos en la protesta y la denuncia, alguien incendia un bus al que me acabo de subir y al tratar de bajar para huir de las llamas me fracturo un pie. Lo demás son petardos, gases lacrimógenos y la conciencia de un hueso que duele. En las vacaciones de diciembre Alberto me ve cojeando y se entera de lo que me ha ocurrido. Se conduele y se enternece, cuando salimos a caminar trata de protegerme, quiere evitarme una caída. Ese día me pide algo que me suena desproporcionado. Me dice que, no importa lo que ocurra, le prometa que no voy a sufrir por él. Su ruego me suena incomprensible.

“Helena mía, no sufras por mí. Te lo pido con toda mi alma, con todo el amor que me imanta. Mira a los tuyos con mi alegría, traspasa poco a poco mi nombre a tus apuntes (sshh pero hazlo en secreto). Que tus libros cuando la distancia nos separe respondan con todo ese entusiasmo a tus formas HERMOSAS de escribir”.

En la noche de ese primer domingo en la cárcel se abalanza sobre el cuaderno para consignar sus emociones. Ansía que su sufrimiento contribuya a lograr una *nueva patria*, ruega que sus ojos puedan ver algún día *la luz de la libertad, la grandiosa luz de la verdadera democracia y justicia*. Sus palabras hacen pensar en el héroe romántico, en el mártir por el sueño de la felicidad colectiva, en el hombre que desde la celda echa a volar los pájaros y se regocija con ese acto de generosidad hacia los otros. Escribe:

“[...] No te abandonaré. Quisiera vivir la eternidad contigo. Que viésemos ambos la nueva sociedad de la libertad. Mi patria cambiará –te lo aseguro-. Contribuiré con mi última gota de sangre a erradicar la injusticia.

Hoy no terminará nunca y esos besos serán inolvidables y mi amor cada día se multiplicará hasta creer en las aves que circulan por dentro de este monstruo blanco que es la cárcel [...]”.

Mientras él espera con ansiedad las visitas, nosotras nos desesperamos por hacerle llegar los implementos básicos para su estadía en La Modelo. Su *gringa* y yo conformamos ahora un equipo de rescate emocional. Que duerma sobre una colchoneta, que tenga un radio, sus implementos de aseo, una cobija, algunas cosas de comer y que no le falte la poesía... Las provisiones y demás cosas pueden llevarse una vez a la semana, deben pasar una inspección minuciosa de los guardias del Inpec. Las cartas deben atravesar la inteligencia canina y la censura de un mandamás que generalmente está privado de la primera, a juzgar por la forma como desliza los ojos por los renglones, por las preguntas que hace cuando se topa con una metáfora o se tropieza con una palabra que no entiende y de la que, por tanto, debe sospechar. Respondo sus preguntas con altivez, casi con arrogancia, pues es la primera vez que me enfrento a este tipo de interrogatorios y mi ingenuo comportamiento provoca la ira del sabueso. Si pudiera, me colocaría los grilletos o me daría una paliza por altanera.

La primera semana en prisión es descrita como una *hermosa semana de experiencias*. Se divierte con los chistes de *Calavera* y *Ovidio*, trabaja en el mural de su celda, lee poemas de Eduardo Carranza y de Miguel Hernández, agradece los envíos que le hacen sus

compañeros de la Universidad, su familia y los amigos. También toca guitarra, escribe en su diario, pide al director que le permita dar clases, asiste al centro lírico, escucha noticias, hace gimnasia, se queja de la tos y del dolor que le han dejado las torturas. La alegría está al final de la espera incesante del fin de semana cuando volverá a ver a las mujeres. Antes de la visita completa el mural con los versos de Miguel Hernández.

Tu risa me hace libre,  
me pone alas.  
Soledades me quita,  
cárcel me arranca.

Boca que vuela,  
corazón que en tus labios  
relampaguea

La mayor humillación está en las requisas a las que debemos someternos las mujeres para entrar los domingos a la cárcel. Primero hacemos una larga fila en la calle. Allí tiene lugar un comercio informal que se alimenta de las desgracias ajenas: alquiler de chanclas, faldas, bolsas para guardar los artículos personales que no pueden ingresarse a la prisión, venta de guantes desechables, advertencias y comentarios que incrementan la tensión y la zozobra. Al entrar pasamos por la primera requisa de los perros con sus guardias, luego entramos una a una para ser manoseadas por ásperas guardianas que nos arrebatan el guante y nos auscultan entre las piernas de manera violenta, como si en lugar de visitantes fuéramos reclusas a las que encuentran en delito flagrante. Quien tenga la menstruación es automáticamente rechazada y vuelve a la calle con cara de vergüenza y desolación. No es solo que estemos bajo sospecha, es el hecho de no mirarnos a los ojos, la ausencia de humanidad, el gesto agresivo y las órdenes a gritos, todo esto es lo que genera rabia y las ganas de llorar.

La segunda semana de prisión sigue lleno de proyectos y tareas. Además de leer y escribir en su diario, empieza a tejer un bolso con pita, va por primera vez a la biblioteca, firma la solicitud de cancelación del semestre, recibe la visita del abogado pero rechaza su participación por considerar que solo está interesado en el dinero, le dice a la madre que él se

defenderá solo. Su piel ha tomado un tinte amarillo, propio de quienes pierden la energía del sol, tose con frecuencia y no ha logrado que lo vea el médico. Para burlar la tristeza que empieza a embargarlo se dedica a pintar en su cuaderno planos y circuitos de electricidad, transcribe poemas de Miguel Hernández, hace una lista con nombres de canciones que le gustan, recuerda los grafitis de los baños de ingeniería eléctrica de la UIS: *Mate un negro, haga patria. Su madre HP. La madre pal que lea. Respeten la pared, no sean HP. Vivan los profesores HP. Sonría que lo están televisando. Abajo los mamertos, viva el MOIR. Abajo el rector. Déjenme escribir. M 19. Orine feliz, orine contento, pero no sea HP, orine adentro...*

Cuando lleva tres semanas recluido lo cambian de celda y debe recomenzar habitando otro espacio y conociendo otro compañero que le confiesa su gusto por el bazuco. Además le advierte que no le gusta que vayan visitantes a la celda. Decide firmar el poder al abogado, repasa todos los nombres de quienes lo han visitado, agradece su presencia y solidaridad, piensa que no merece tantas expresiones de cariño y amistad, se duele mucho por sus padres, los chinches lo devoran, narra sucesos cotidianos del patio, se siente afortunado entre todos los demás, ayuda al *paisa* entregándole su ropa para contribuir a su oficio de lavadero. Afuera su familia se afana por pagar al abogado, nosotras preparamos las cartas y las provisiones de la semana siguiente.

Lunes 17 de febrero, seis de la tarde. Estoy en cualquier punto de la casa y escucho que llaman a la puerta. Voy hacia allá, extraviada en mi propia cabeza, convertida en una sombra que se diluye a medida que alcanza la luz de la sala. Entonces por entre los resquicios de la persiana veo la extraña aparición. Eso que está allí es un fantasma, pienso. Un fantasma que me hace gritar de conmoción. Alberto llega como escapado de una pesadilla, como quien huye del infierno y viene a pedir un vaso de agua. Abro la puerta y nos abrazamos. No sé si estoy viendo a un prófugo o a un alma en pena. Tiene el rostro amarillo, olor a humedad, las manos vacías y los ojos desorbitados. Lo hago entrar, lo atropello con preguntas, tengo miedo de que vengan tras él, digo que no entiendo nada. Ya en ese momento han aparecido Mamá y Martha. Todas nos abalanzamos sobre él para tocarlo, para saber, para comprender. Nos cuenta que acaban de dejarlo libre, que le dieron libertad condicional, aunque el proceso

seguirá en curso. La noticia nos alegra pero hay algo que suena extraño y sospechoso. En un país de ejecuciones extrajudiciales, torturas y desaparecidos, no hay razón para un final feliz. Los temores, la paranoia, la zozobra, se roban la felicidad. Hay un algo que corroe, que perturba la tranquilidad.

Al otro día, de nuevo en su casa, escribe:

“Hoy es libertad, a medias. Lo grito en voz bajita. Desde anoche soy libre de prisión. Cuando sea viejo diré a mis nietos: “Me detuvieron un 23 de enero de 1986, eran como las tres de la madrugada y salí libre de la cárcel Modelo el 17 de febrero del mismo año”.

Todavía no percibe la libertad. Tiene la incertidumbre del futuro, recuerda los días de tormenta, siente *la sangre temblorosa y rauda*. Por solidaridad recuerda uno a uno los nombres y mote de quienes quedaron prisioneros y con ese homenaje a los hombres pone un punto al diario. Aún no sabe que será el punto final. *El chacal, Miguel el lavandero, el paisa, el sandinista, el campesino, el cucho Carreño, el de las muletas, Palomino el de los churros, Jorge Chacón el de la UIS, el abuelo....* Aún tiene en sus manos ese olor a cebolla que lo traslada de inmediato a la prisión. Hoy resulta extraña la coincidencia con el poema de Miguel Hernández

La cebolla es escarcha  
cerrada y pobre:  
escarcha de tus días  
y de mis noches.  
Hambre y cebolla:  
hielo negro y escarcha  
grande y redonda.  
En la cuna del hambre  
mi niño estaba.  
Con sangre de cebolla  
se amamantaba.

Decidimos que aquella noche ha de pasarla en nuestra casa. Papá lo mira con inquietud, le pido que le permita quedarse y él lo acepta con nobleza. Nos encuentra la

madrugada sentados ante la mesa del comedor, hablando casi en un murmullo, entregados al emotivo relato de los pormenores, al recuento de sus días de prisión, al intercambio de vivencias y sentimientos, a las confesiones, a la incertidumbre frente al futuro, al miedo de lo que vendrá. Me dice que tan pronto pisó la calle solo pensó en venir directamente hasta aquí. No es necesario explicar las razones.

Los días que siguen se pierden en la memoria. Solo sé que nos vemos un par de veces más antes de mi viaje a Bogotá. En los encuentros se precipitan nuevamente las imágenes del cautiverio, las torturas, la reafirmación de las ideas, la convicción de estar luchando por una sociedad justa, por el fin de las desigualdades y del sufrimiento de muchos. Es lo que nos alimenta, lo que compartimos: la reiteración de la utopía. Hay promesas de un próximo encuentro, cartas y llamadas febriles, sueños, el recuento de los días en los que fue al mar y experimentó la sensación de libertad. Si se hubiera quedado extraviado contemplando el azul, persiguiendo una ola, acostado sobre la arena mirando las estrellas, prófugo del destino, si no hubiera regresado nunca del mar...

Son más las cosas que calla y piensa que las que dice o vive. En los treinta y cuatro días que tiene para reencontrarse con su mundo, ha querido seguir sus rutinas, pasar las hojas, vuelve a la UIS, sigue visitando a sus amigos, a alguien le cuenta que recibe amenazas pero prefiere pensar en que no es nada serio, no quiere perturbar la tranquilidad de Diana Amparo ni de su familia, sufre por el padre y la madre, con ellos finge que todo está bien. ¿Qué pasa con sus camaradas? ¿Qué ocurre con los mandos? ¿Nadie se responsabiliza de su seguridad? ¿De repente se ha quedado solo? Algo o todo eso está ocurriendo. Me llama casi todas las noches a Bogotá para contarme sus peripecias del día y el curso de sus sentimientos, sigue haciendo los trabajos eléctricos que le encomiendan, cargando su herramienta de trabajo, tocando su flauta, vuelve a trotar con su *gringa*. Aquella mañana sale muy temprano, va a visitarla, le entrega la monareta, le da el mismo beso ardiente y le dice que viajará. Me ha prometido que llegará a mi fiesta de cumpleaños.

21 de marzo de 1986. El Juez 9 de Instrucción Criminal promete investigar los hechos. La Kawasaki azul PCC-10 ha seguido su camino. Hay unas monedas en tu mano, las otras han

rodado sin control, el bus de La Joya que va por la 27 acaba de pasar. No querías asustar a los niños, no querías que el perro ladrara e hiciera correr al viejo del bastón. Hubieras hecho todo por evitarles el suceso, el mal recuerdo, la prisa inútil a la enfermera que alcanzó a salir de la Clínica. Apenas tienes tiempo de ver el arma que sale de la mano del hombre, solo un segundo antes le has visto el rostro y lo has comprendido todo. El ruido del motor se ha acercado mucho a la acera. Al principio no adviertes la moto. Tu mirada hace un repaso de la calle pero el pensamiento vuela lejos, descubre otros lugares, viaja por otras avenidas, busca unos ojos. Sientes que algo salta en el corazón, un loco anuncio de cosas bellas por vivir, un nombre que tienes atravesado en la garganta, en el estómago. Al lado tuyo caminan varios niños que van hacia el colegio en su barullo de gritos y cuadernos, por la acera de enfrente un viejo con bastón pasea con su perro, algunas personas salen de la Clínica San Luis. Te has puesto tu camiseta de rayas y estás sudando. Subes por la calle 48 con tu caja de herramientas, se ve que tienes prisa por la forma como apresuras el paso, es casi mediodía y hace calor. A las dos de la tarde vas a viajar a Bogotá.

21 de marzo de 1986. ¡Feliz cumpleaños! Todas las voces se mezclan en un solo grito, las palabras y las risas se precipitan, es obligado celebrar la vida, chocar las botellas, cantar en coro, bailar. ¡Feliz cumpleaños! Las manos se tienden en cadenas rosadas, los brazos me atrapan, no hay excusa para apartarse de la celebración. Pero yo estoy esperando tu arribo, tu aparición intempestiva en mitad de la fiesta. Me has dicho que llegarás, aunque sea a media noche. ¡Feliz cumpleaños! Y las horas avanzan sin ti, las voces vuelven a convocarme, me arrastran, me halan al círculo, me preguntan en dónde estoy, por qué voy hacia los rincones, por qué me demoro tanto en el baño, por qué me lanzo hacia la puerta cuando escucho algo que parece ser un llamado. En la calle todo es viento helado, oscura soledad ambulante, nada. Y tú sin llegar, y tú sin hablar. ¡Feliz cumpleaños! Y al mediodía tu cuerpo ha besado la tierra, tus ojos han buscado la última luz, tu pensamiento viaja para decirme algo y no puedo escucharlo. ¡Feliz cumpleaños! Vuelves a pedirme que no sufra por ti, me prometes que no me olvidarás. ¡Feliz cumpleaños! Tienes frío, estás solo con tu alegría rasgada que escapa ahora por esa flor roja que tienes en la espalda, solo con esos sueños que comienzan a congelarse. ¡Feliz cumpleaños! Y tus manos ya no pueden cargar la caja de herramientas que sigue todavía tirada en el asfalto, dejan escapar las caricias que apenas iban a nacer. Tu sonrisa ha quedado vacía de ti, presa entre tus labios apretados que

guardan un insulto como un puñal, entre tus labios enamorados que se roban toda la dulzura. ¡Feliz cumpleaños! Y las palabras que esperaban ser dichas comienzan a escapar hechas aire, convertidas ahora en un violento silencio. ¡Feliz cumpleaños! Y me dejas tu cuerpo sin ti como el regalo más triste, como la negación absoluta de la esperanza. Tu cuerpo que no puede cumplir la promesa de llegar al *altar de la inconsciencia*, que no puede gritar *¡Somos libres por un momento!* Por fin llegas a mi fiesta vestido de llanto. Sabía que vendrías de todos modos. ¡Feliz cumpleaños!

Amor muy mío.  
Nunca más tristezas por mí.  
Por si acaso se presentan, conviértelas en ODIO santo a los "hombres"  
que se comen a los hombres,  
que los devoran.

4 de Febrero de 2017. Cerca de seis mil doscientos guerrilleros de las Farc salen de la selva para concentrarse en los lugares donde han de dejar las armas. Arriban a veredas de Córdoba, Nariño, Antioquia, Putumayo, La Guajira, Meta, Guaviare, Chocó, Tolima, Arauca, Norte de Santander... Llegan en chalupas, en camiones, en chivas, en camionetas, a pie; vienen llenos de barro, con atados al hombro, con ollas; sonrén, se reencuentran, se abrazan, preguntan, sueñan; traen sus nutrias, sus pericos, sus perros, sus hijos en los vientres y en los brazos; vienen de cincuenta años de combates y de huidas; han caído miles de veces, han muerto y resurgido de la tierra, del odio, del dolor; ahora creen en el tiempo de la paz, se afanan por llegar, no tienen otro destino que la voluntad de otros, otra razón que confiar en otros. Esto no podías haberlo imaginado. No hubo tal sociedad de la libertad, no se implantó el sueño del hombre nuevo, la patria sigue siendo un trapo de colores, un himno, unas cordilleras y unas selvas cada vez más desoladas, la riqueza despojada y mal repartida, los consumidores en los centros comerciales, la desconfianza y la muerte en las calles, el puñado de ilusos y soñadores de siempre pero con distintos nombres; los mismos hampones de apellidos ilustres; el hombre devorando al hombre. Los comandantes ya han pactado la entrega y han olvidado tu rostro y el de miles que cayeron soñando con la gloria de una sociedad justa. Ellos también pactaron tu muerte.

Bogotá, febrero de 2017